

En la espesura de la noche, en una noche salvaje y oscura, una mamá corría desesperada llevando a su hijito recién nacido amarrado a su espalda. El bebe iba envuelto en una gruesa manta de pelo de llama o *lliclla*, cuyas franjas y colores identificaban y protegían a su familia. «¡Corre, Mainuchi, corre!», le susurraba una voz misteriosa, que se entremezclaba con los sonoros latidos de su corazón; por eso corría y corría, quebrada abajo, sabiendo que a pocos metros venía en su búsqueda, hirviendo de ira, el endemoniado Pumatapardo Manchaconcola.

La cholita sudorosa y cansada no dejaba de correr; bordeaba la quebrada serpenteante aprovechando cada arruga y cada pliegue de la montaña. Bajaba velozmente entre las piedras como una vizcacha. Muy cerca del río, perdió a Manchaconcola entre el barro negro y verde de las charcas, húmedo reino de millones de mosquitos que la habían dejado pasar.

corre, Mainuchi, corre





Mirando a cada ratito por encima del hombro, supo que su enemigo ya no andaba cerca, entonces buscó una roca grande para apoyarse y recuperar el aliento. Tragó una bocanada de aire, y un temblor helado recorrió su cuerpo. Y como si de pronto recordara que llevaba el mundo a la espalda, se desató velozmente la lliclla y bajó su quipe.

Aún tenía a su guagüita. «Mi lindo bebichito», susurró con voz de miel mientras contemplaba el redondo rostro de su hijo que dormía plácidamente, envuelto y tibio como un tamalito.



El bebe no había sentido nada, ni el horrendo rugido de Manchaconcola, ni los gritos desgarradores de las madres despojadas de sus hijos. Solo un rápido bamboleo entre el hocico de la bestia y los brazos de Mainuchi, quien armada con un leño de taya, rojo como el infierno, estampó un feroz mazazo en el cráneo del puma, aplastándole la oreja y haciéndolo maullar de dolor. Fue en ese momento que aprovechó para huir con su hijito quebrada abajo.

Cuando Manchaconcola se recuperó del dolor, la paisanita ya estaba lejos. Pero él nunca se daría por vencido.

El bebe dormía con una pequeña sonrisa en su boquita perfecta. Y cuando la paisana lo liberó de su última mantita, estiró de inmediato sus bracitos, aún estaba flotando en el mundo de los sueños, ajeno a toda la maldad, imperturbable y sereno como un inmortal. «¡Mira, mami, qué fuerte que soy!», parecía balbucear en algún lenguaje celestial, llenando el corazón de su madre de valentía y esperanza.

Ella besó su frente y empezó a envolverlo rápidamente, pero con cuidado para no despertarlo.





En ese preciso momento la noche oscura empezó a clarear, primero con motas azules, luego con manchas verdes como el musgo y, finalmente, en tonos violetas como las lilas salvajes del Huascarán. La luna hizo su aparición vestida de perla y plata, mientras el cielo cómplice conversaba con el monte en el idioma de los vientos. Hablaban de la paisana y de su guagüita.

«¡Qué noche tan linda y tan triste!», susurraba Mainuchi mientras se ajustaba la lliclla y se dejaba bañar por la luz de la luna. Se consoló a sí misma, y se convenció de que no estaba sola. La luz de la luna trabajaba a su favor. Entonces, empezó a correr y a correr, más fuerte que nunca, hasta que escuchó nuevamente la misteriosa voz, pero esta vez venía directamente del cielo.

«¡Mainuchi, Mainuchi! ¿Qué haces acá tan sola, donde el cóndor no baja ni para arreglarse las plumas? ¿Y esa guagüita? Mejor huye, hijita, que por aquí anda el diablo vestido de puma».

La luna le hablaba bonito, con la voz rugosa y tierna de una abuelita. Sentada en su trono de nubes, lo había visto y escuchado todo. Al sentir admiración por la valentía y fortaleza de la paisanita, escogió mostrarse dulce como una viejecita.

